

Este mundo de injusticia globalizada

José Saramago *

Comenzaré por contar en brevísimas palabras un hecho notable de la vida rural ocurrido en una aldea de los alrededores de Florencia hace más de cuatrocientos años. Me permito solicitar toda su atención para este importante acontecimiento histórico porque, al contrario de lo habitual, la moraleja que se puede extraer del episodio no tendrá que esperar al final del relato; no tardará nada en saltar a la vista.

Estaban los habitantes en sus casas o trabajando los cultivos, entregado cada uno a sus quehaceres y cuidados, cuando de súbito se oyó sonar la campana de la iglesia. En aquellos píos tiempos (hablamos de algo sucedido en el siglo XVI, las campanas tocaban varias veces a lo largo del día, y por ese lado no debería haber motivo de extrañeza, pero aquella campana tocaba melancólicamente a muerto, y eso sí era sorprendente, puesto que no constaba que alguien de la aldea se encontrase a punto de fenecer. Salieron por lo tanto las mujeres a la calle, se juntaron los niños, dejaron los hombres sus trabajos y menesteres, y, en poco tiempo estaban to-

dos congregados en el atrio de la iglesia, a la espera de que les dijese por quién deberían llorar. La campana siguió sonando unos minutos más, y finalmente calló. Instantes después se abrió la puerta y, un campesino apareció en el umbral. Pero, no siendo éste el hombre encargado de tocar habitualmente la campana, se comprende que los vecinos le preguntasen dónde se encontraba el campanero y quién era el muerto. "El campanero no está aquí, soy yo quien ha hecho sonar la campana" fue la respuesta del campesino. «Pero, entonces, ¿no ha muerto nadie?» replicaron los vecinos, y el campesino respondió: «Nadie que tuviese nombre y figura de persona; he tocado a muerto por la Justicia, porque la justicia está muerta».

¿Qué había sucedido? Sucedió que el rico señor del lugar (algún conde o marqués sin escrúpulos) andaba desde hacía tiempo cambiando de sitio los mojones de las lindes de sus tierras, metiéndolos en la pequeña parcela del campesino, que con cada avance se reducía más. El perjudicado empezó por protestar y, reclamar, después imploro

* Premio Nobel de Literatura 1998. Lisboa.

compasión, y finalmente resolvió quejarse a las autoridades y, acogerse a la protección de la justicia. Todo sin resultado; la expoliación continuó. Entonces, desesperado, decidió anunciar urbi et orbi (una aldea tiene el tamaño exacto del mundo para quien siempre ha vivido en ella) la muerte de la Justicia. Tal vez pensase que su gesto de exaltada indignación lograría conmover y hacer sonar todas las campanas del universo, sin diferencia de razas, credos y costumbres, que todas ellas, sin excepción, lo acompañarían en el toque a difuntos por la muerte de la Justicia, y no callarían hasta que fuese resucitada. Un clamor tal que volara de casa en casa, de ciudad en ciudad, saltando por encima de las fronteras, lanzando puentes sonoros sobre ríos y mares, por fuerza tendría que despertar al mundo adormecido... No sé lo que sucedió después, no sé si el brazo popular acudió a ayudar al campesino a volver a poner los lindes en su sitio, o si los vecinos, una vez declarada difunta la Justicia, volvieron resignados, cabizbajos y con el alma rendida, a la triste vida de todos los días. Es bien cierto que la Historia nunca nos lo cuenta todo...

Supongo que ésta ha sido la única vez, en cualquier parte del mundo, en que una campana, una inerte campana de bronce, después de tanto tocar por la muerte de seres humanos, lloró la muerte de la justicia. Nunca más ha vuelto a oírse aquel fúnebre sonido de la aldea de Florencia, mas la Justicia siguió y sigue muriendo todos los días. Ahora mismo, en este instante en que les hablo, lejos o aquí al lado, a la puerta de nuestra casa, alguien la está matando. Cada vez que muere, es como si al final nunca hubiese existido para aquellos que habían confiado en ella, para aquellos que esperaban de ella lo que todos

tenemos derecho a esperar de la Justicia: justicia, simplemente justicia. No la que se envuelve en túnicas de teatro y nos confunde con flores de vana retórica judicial, no la que permitió que le vendasen los ojos y maleasen las pesas de la balanza, no la de la espada que siempre corta más hacia un lado que hacia otro, sino una justicia pedestre, una justicia compañera cotidiana de los hombres, una justicia para la cual lo justo sería el sinónimo más exacto y riguroso de lo ético, una justicia que llegase a ser tan indispensable para la felicidad del espíritu como indispensable para la vida es el alimento del cuerpo. Una justicia ejercida por los tribunales, sin duda, siempre que a ellos los determinase la ley, mas también, y sobre todo, una justicia que fuese emanación espontánea de la propia sociedad en acción, una justicia en la que se manifestase, como ineludible imperativo moral, el respeto por el derecho a ser que asiste a cada ser humano.

Pero las campanas, felizmente, no doblaban sólo para llorar a los que morían. Doblaban también para señalar las horas del día y de la noche, para llamar a la fiesta o a la devoción a los creyentes, y hubo un tiempo, en este caso no tan distante, en el que su toque a rebato era el que convocaba al pueblo para acudir a las catástrofes, a las inundaciones y a los incendios, a los desastres. a cualquier peligro que amenazase a la comunidad. Hoy, el papel social de las campanas se ve limitado al cumplimiento de las obligaciones rituales y el gesto iluminado del campesino de Florencia se vería como la obra desalmada de un loco o, peor aún, como simple caso policial. Otras distintas son las campanas que hoy defienden y afirman, por fin, la posibilidad de implantar en el mundo aquella justicia compañera de

los hombres, aquella justicia que es condición para la felicidad del espíritu y hasta, por sorprendente que pueda parecer, condición para el propio alimento del cuerpo. Si hubiese esa justicia, ni un solo ser humano más moriría de hambre o de tantas dolencias incurables para unos y no para otros. Si hubiese esa justicia, la existencia no sería, para más de la mitad de la humanidad, la condenación terrible que objetivamente ha sido. Esas campanas nuevas cuya voz se extiende, cada vez más fuerte, por todo el mundo, son los múltiples movimientos de resistencia y acción social que pugnan por el establecimiento de una nueva justicia distributiva y conmutativa que todos los seres humanos puedan llegar a reconocer como intrínsecamente suya; una justicia protegida por la libertad y el derecho, no por ninguna de sus negaciones.

He dicho que para esa justicia disponemos ya de un código o de aplicación práctica al alcance de cualquier comprensión, que ese código se encuentra consignado desde los cincuenta años en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aquellos treinta derechos básicos y esenciales de los que hoy solo se habla vagamente, cuando no se silencian sistemáticamente, más desprestigiados y mancillados hoy en día de lo que estuvieran, hace cuatrocientos años, la propiedad la libertad del campesino de Florencia. Y también he dicho que la Declaración Universal de los Derechos Humanos, tal y como está redactada, y sin necesidad de alterar siquiera una coma, podría sustituir con creces, en lo que respecta a la rectitud de principios y a la claridad de objetivos, a los programas de todos los partidos políticos del mundo, expresamente a los de la denominada izquierda, anquilosados en fórmulas caducas, ajenos o im-

potentes para plantar cara a la brutal realidad del mundo actual, que cierran los ojos a las ya evidentes y temibles amenazas que el futuro prepara contra aquella dignidad racional Y sensible que imaginábamos que era la aspiración suprema de los seres humanos. Añadiré que las mismas razones que me llevan a referirme en estos términos a los partidos políticos en general, las aplico igualmente a los sindicatos locales y, en consecuencia, al movimiento sindical internacional en su conjunto. De un modo consciente o inconsciente, el dócil y burocratizado sindicalismo que hoy nos queda es, en gran parte, responsable del adormecimiento social resultante del proceso de globalización económica en marcha. No me alegra decirlo, mas no podría callarlo. Y, también, si me autorizan a añadir algo de mi cosecha particular a las fábulas de La Fontaine, diré entonces que, si no intervenimos a tiempo -es decir, ya- el ratón de los derechos humanos acabará por ser devorado implacablemente por el gato de la globalización económica.

¿Y la democracia, ese milenario invento de unos atenienses ingenuos para quienes significaba, en las circunstancias sociales y políticas concretas del momento, y según la expresión consagrada, un Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo? Oigo muchas veces razonar a personas sinceras, y de buena fe comprobada, y, a otras que tienen interés por simular esa apariencia de bondad, que, a pesar de ser una evidencia irrefutable la situación de catástrofe en que se encuentra la mayor parte del planeta, será precisamente en el marco de un sistema democrático general como más probabilidades tendremos de llegar a la consecución plena o al menos satisfactoria de los derechos humanos. Nada más cierto, con la condición

de que el sistema de gobierno y de gestión de la sociedad al que actualmente llamamos democracia fuese efectivamente democrático. Y no lo es. Es verdad que podemos votar, es verdad que podemos, por delegación de la partícula de soberanía que se nos reconoce como ciudadanos con voto y normalmente a través de un partido, escoger nuestros representantes en el Parlamento; es cierto, en fin, que de la relevancia numérica (le tales representaciones y de las combinaciones políticas que la necesidad de una mayoría impone, siempre resultará un Gobierno. Todo esto es cierto, pero es igualmente cierto que la posibilidad de acción democrática comienza y acaba ahí. El elector podrá quitar del poder a un Gobierno que no le agrada y poner otro en su lugar, pero su voto no ha tenido, no tiene y nunca tendrá un efecto visible sobre la única fuerza real que gobierna el mundo, y por lo tanto su país y su persona: me refiero, obviamente, al Poder económico, en particular a la parte del mismo, siempre en aumento, regida por las empresas multinacionales de acuerdo con estrategias de dominio que nada tienen que ver con aquel bien común al que, por definición, aspira la democracia. Todos sabemos que así y todo, por una especie de automatismo verbal y mental que no nos deja ver la cruda desnudez de los hechos, seguimos hablando de la democracia como si se tratase de algo vivo y actuante, cuando de ella nos queda poco más que un conjunto de formas ritualizadas, los inocuos pasos y los gestos de una especie de misa laica. Y no nos percatamos, como si para eso no bastase con tener ojos, de que nuestros Gobiernos, esos que para bien o para mal elegimos y de los que somos, por lo tanto, los primeros responsables, se van convirtiendo cada vez más en meros comisarios políticos del poder económico,

con la misión objetiva de producir las leyes que convengan a ese poder, para después, envueltas en los dulces de la pertinente publicidad oficial y particular, introducir las en el mercado social sin suscitar demasiadas protestas, salvo las de ciertas conocidas minorías eternamente descontentas...

¿Qué hacer? De la literatura a la ecología, de la guerra de las galaxias al efecto invernadero, del tratamiento de los residuos a las congestiones de tráfico, todo se discute en este mundo nuestro. Pero el sistema democrático, como si de un dato definitivamente adquirido se tratase, intocable por naturaleza hasta la consumación de los siglos, ése no se discute. Mas si no estoy equivocado, si no soy incapaz de sumar dos y dos, entonces, entre tantas otras discusiones necesarias o indispensables, urge, antes de que se nos haga demasiado tarde, promover un debate mundial sobre la democracia y las causas de su decadencia, sobre la intervención de los ciudadanos en la vida política y social, sobre las relaciones entre los Estados y el poder económico y financiero mundial, sobre aquello que afirma y aquello que niega la democracia, sobre el derecho a la felicidad y a una existencia digna, sobre las miserias y esperanzas de la humanidad o, hablando con menos retórica, de los simples seres humanos que la componen, uno a uno y, todos juntos. No hay peor engaño que el de quien se engaña a sí mismo. Y así estamos viviendo.

No tengo más que decir. O sí, apenas una palabra para pedir un instante de silencio. El campesino de Florencia acaba de subir una vez más a la torre de la Iglesia, la campana va a sonar. Oigámosla, por favor.

[Texto leído en la clausura del *Foro Mundial Social* reunido en Porto Alegre]

Hay motivo para comprometerse

In memoriam de Ángel Fernández-Santos¹

Emilio Tortosa Cosme *

HAY MOTIVO

Género: Documental

Dirección y guión: 32 cineastas de la plataforma cinematográfica HAY MOTIVO.

Duración: 102 minutos

Producción: España 2003

HAY MOTIVO es una película de largo metraje hecha de pequeñas piezas, de alrededor de tres minutos de duración. Cada una de las piezas está dirigida por un director o directora de cine distintos y tiene por objeto denunciar algún aspecto de la realidad política y social española que se ha deteriorado, especialmente durante la última legislatura. Estamos, pues, ante cine documental con claro compromiso político.

Como señala la plataforma cinematográfica creada a tal efecto y coordinada por Andrés Sempere: "Nos animaba el derecho legítimo a la libre expresión, queríamos abrir los ojos de los ciudadanos y mostrar algunos problemas que el ejecutivo de los últimos años ha desatendido, manipulado, obviado o directamente escamoteado de la opinión pública".

Estamos ante un gran *collage* o mosaico que constituye una iniciativa en el cine español, sin duda influenciada por el cine del realizador norteamericano Michael Moore, cuya película *Bowling for Columbine* ya fue presentada en esta revista (nº 215, 2003). La más reciente película de Moore, *Fahrenheit 9/11*, ha sido premiada en el festival de Cannes del 2004 nada menos que con la palma de oro. Es una sátira durísima contra el sistema de gobierno norteamericano representado por el presidente

¹ Ángel Fernández-Santos, crítico titular de cine de *El País*, desde 1982, escritor combativo, íntegro y honesto, maestro y referente de los escritores cinematográficos españoles e internacionales, falleció el día 6 de julio de 2004 en Madrid a causa de un cáncer que padecía desde hacía meses.

* *Presidente de la Fundación ÉTNOR. Valencia.*

Bush. ¿Cine o política? ¿Puede el cine cambiar la sociedad? Indudablemente los puristas del cine opinan como Stendhal: "La novela es como un espejo que pasea por el camino". Pero aquí, no nos engañemos, estamos ante un cine militante que toma partido hasta mancharse, como diría Gabriel Celaya: "La poesía es un arma cargada de futuro".

HAY MOTIVO es una denuncia del cine español, de la mayoría del cine español: 32 directores reflejan en imágenes los aspectos más oscuros de nuestra sociedad, es la crónica hiriente *d'un temps, d'un país* (Raimon). Cine militante legitimado por la propia historia del cine, desde el neorealismo italiano de los años 50 hasta el más reciente cine español del tardofranquismo.

Lo que preguntan los directores del colectivo de cine español es si realmente hay motivo para el cambio político, pero su denuncia no ha podido llegar a mucha gente, debido a la falta de distribución y exhibición, sobre todo en televisión. Sólo la cadena de televisión *Localia* emitió la película (aproximadamente cubre el 2% de audiencia en territorio español). El film se ha visto en locales más o menos alternativos (universidades, *Fnac*, colegios mayores y algunas salas de proyección). Lo más efectivo ha sido el boca a boca y la distribución personal del film en soporte DVD por muy poco dinero. Los cineastas pretendieron difundir su mensaje tan rápido como les fuera posible con el fin de hacer reflexionar a los españoles antes de las elecciones generales. Los cineastas no han podido evaluar el efecto real que tuvo la película, ya que los atentados de Madrid del 11 de marzo de 2004, tan sólo tres días

antes de las elecciones, supusieron un cambio demasiado brusco en la sociedad y en la política española. De hecho, los atentados entorpecieron las emisiones que se estaban realizando en toda España.

Una de las principales críticas a la emisión de *HAY MOTIVO* es su tinte político en campaña electoral. No se había rodado nada similar sobre los gobiernos del PSOE, especialmente sobre los escándalos que marcaron el final de su gobierno. El proyecto tiene un grave defecto de partida: se empezó muy tarde y se ha presentado una semana antes de las elecciones. En las televisiones públicas probablemente no les hubiera dejado exhibirlo la Junta Electoral.

Cuando el cine habla de la realidad la gente se interesa, como sucedió en su día con excelentes películas que han regado de joyas la historia del cine mundial: *El acorazado Potemkin* (Eisenstein), *Ladrón de bicicletas* (Vittorio de Sica), *La batalla de Argel* (Pontecorvo), *Missing* (Billy Wilder), *Tierra y libertad* (Ken Loach), *El espíritu de la colmena* (Víctor Erice), etcétera.

La mejor difusión de la película, que se presentó a la prensa en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el día 6 de marzo pasado, ha sido y es Internet, en la dirección: www.haymotivo.com y desde allí se puede conectar con una serie de enlaces, como *El País*, *El Mundo*, etcétera.

Entre los cineastas de la película se encuentran realizadores tan conocidos y prestigiosos como Vicente Aranda, José Luis Cuerda, Pedro Olea, Imanol Uribe, Julio Medem, Icíar Bollaín, Gracia Querejeta, Isabel Coixet, David Trueba o Pere Portabella. Del mundo de la cultura han firmado cortos el escritor Manuel Rivas, el can-

tante Víctor Manuel, el presentador de televisión Gran Wyoming. Además no han podido intervenir en la película por razones profesionales, pero se han solidarizado y forman parte del proyecto, cineastas como Pedro Almodóvar, Montxo Armendáriz, Víctor Erice, Manuel Gutiérrez Aragón o Fernando Trueba. Los gastos derivados de la producción han corrido a cargo de cada uno de los autores

Los 32 cortos abordan aspectos de la realidad española como la participación en la guerra de Irak, el paro, la vivienda, el *Prestige*, la adopción de niños por parte de parejas de homosexuales, la manipulación informativa, la inmigración, el maltrato a las mujeres, el terrorismo, la soledad de los ancianos, el accidente del Yack 42, la muerte del reportero José Couso, el encarecimiento de la cesta de la compra, entre otros. Todos los cortos tienen un planteamiento didáctico y sencillo, que me ha recordado la metodología utilizada por Paulo Freire en la pedagogía para adultos (*Pedagogía del oprimido*).

Comienza la película con un delicioso episodio a bordo de un taxi firmado por Joaquín Oristrell, reflejando la opinión de la calle sobre hechos y datos. Y se cierra con otro no menos sensacional (*La mosca cojonera*) realizado por Antonio Betancor e interpretado por Ramón Fontseré, en el papel de un político que chapurrea una verborrea incomprensible, mientras a sus espaldas el pueblo y la calle están que arden. Entre ambos, otros treinta cortometrajes, imposibles de comentar en el espacio razonable de una crítica o reflexión, que manifiestan una diversidad de recursos y puntos de vista, desde el episodio de Pere Portabella sobre el Plan

Hidrológico, una clara y simple explicación de la diferencia entre el agua-vida y el agua-negocio, hasta el musical de Víctor Manuel con la violencia de género como fondo (*El club de las mujeres muertas*).

Quiero destacar especialmente por su valentía el episodio rodado por Yolanda García Serrano (*Catequesis*) que es una sobrecogedora historia de abusos a menores por parte del clero, escrita por Juan José Millas, en forma de cuento, y narrada espléndidamente por Pilar Bardem. Y también el cortometraje rodado por Víctor García León (*Las Barranquillas*) sobre la situación de los drogadictos abandonados por el sistema. Se ponen los pelos de punta. Es el más desgarrador y conmovedor.

Para finalizar, tratando de ser ecuánime, también hay que considerar que no todos los episodios gozan de la misma valoración, como les sucede a David Trueba (*Cerrar los ojos*) excesivamente simple y que más que corto es una foto; a Ana Díez (*Madrid, mon amour*), que aplica los encuadres de la mítica película *Hiroshima, mon amour*, de Alain Resnais, a la realidad de Madrid, un poco traída por los pelos; y a Julio Medem, con su pelota vasca, que resulta a todas luces fuera de contexto.

La iniciativa de los realizadores es muy interesante. La visión que presenta sobre 32 aspectos de la realidad española puede ser parcial o subjetiva, pero tienen el derecho a expresarla. La película es un documental que aporta una corriente de aire fresco que se produce al comparar la percepción de una misma realidad, la que ofrece *HAY MOTIVO* con la que vemos diariamente en la mayor parte de televisiones.